

Best seller del New York Times

MIKE DUNCAN

HACIA
LA
TORMENTA

EL COMIENZO DEL FIN
DE LA REPÚBLICA ROMANA



Ariel

Mike Duncan

Hacia la tormenta

El comienzo del fin
de la República romana

Traducción de Francisco García Lorenzana

Ariel

Título original: *The Storm before the Storm*

Publicado originalmente por PublicAffairs, un sello de Perseus Books, LLC,
Hachette Book Group, Inc.

Primera edición: septiembre de 2018

© 2017, Mike Duncan

© 2018, Francisco García Lorenzana, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2018: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2796-9
Depósito legal: B. 13.999-2018

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Cronología</i>	11
<i>Mapa de la Italia romana</i>	17
<i>Mapa del Imperio republicano</i>	18
<i>Nota del autor</i>	21
<i>Prólogo: El triunfo de la República romana</i>	25
1. Las bestias de Italia	43
2. Los hijastros de Roma	69
3. Dagas en el foro	93
4. Una ciudad a la venta	121
5. El botín de la victoria	143
6. El pendiente de oro	163
7. Las mulas de Mario	181
8. El tercer fundador de Roma	201
9. Italia	219
10. Las ruinas de Cartago	247
11. Botas Claveteadas	269
12. Guerra civil	295
13. Dictador vitalicio	319
<i>Agradecimientos</i>	345
<i>Notas</i>	347
<i>Referencias bibliográficas antiguas</i>	379
<i>Referencias bibliográficas actuales</i>	387
<i>Índice analítico</i>	391

LAS BESTIAS DE ITALIA

Los ladrones de la propiedad privada pasan su vida con cadenas; los ladrones de la propiedad pública, con riquezas y lujos.

CATÓN EL VIEJO¹

Tiberio Sempronio Graco estaba presente mientras Cartago ardía. En 146 a.C. este adolescente participaba en su primera campaña y servía bajo el mando del famoso comandante Escipión Emiliano, una tarea típica para el descendiente de una familia ilustre. Y los Graco eran una familia ilustre. Ennoblecidos con el bisabuelo de Tiberio, habían crecido en estatura con cada generación, sobre todo con el padre de Tiberio, al que Livio calificó claramente «como el joven más capaz y enérgico de su época». En el transcurso de la historia de su carrera, Graco el Mayor ejerció en dos consulados y se lo recompensó con dos triunfos. Aunque murió cuando Tiberio tenía solo diez años, el muchacho conocía muy bien los logros de su padre. Sabía que él debía obtener también muchos para estar a la altura.²

La madre de Tiberio, Cornelia, fue una de las matronas más respetadas en la historia romana. Era hija de Escipión el Africano y disfrutaba de una influencia enorme dentro de la extensa familia Escipión. Tras la muerte de su marido, Graco el Mayor, en 154, decidió no volver a casarse —rechazó

incluso una propuesta de matrimonio del rey de Egipto— y se dedicó a Tiberio y a su otro hijo, Cayo. Prestó especial atención a su educación y contrató a renombrados tutores griegos para enseñar a los muchachos las teorías más avanzadas de la época. En una historia apócrifa pero reveladora, una mujer noble y rica le mostró un conjunto de joyas hermosas a Cornelia, que señaló a Tiberio y a su hermano menor Cayo y le dijo a la mujer: «Estas son mis joyas».³

A medida que maduraba, el joven Tiberio fue admirado por su inteligencia y dignidad. Poseía un «intelecto brillante, unas intenciones justas y [...] las virtudes más elevadas que puede albergar un hombre cuando está favorecido por la naturaleza y la educación». Con un espíritu generoso y una oratoria elocuente, estaba destinado a alcanzar el mismo nivel de su padre y a convertirse en el líder de su época.⁴

Para mantener la fortuna de la familia en una sola casa, Cornelia logró que su hija Sempronia se casase con su sobrino adoptivo Emiliano, aunque personalmente no le gustaba Emiliano. Le parecía que era demasiado pretencioso y no creía que fuera digno de ser el cabeza de familia. En realidad, gran parte del cuidado de Cornelia por sus hijos era un esfuerzo para que Emiliano no empañara el brillo de «sus joyas». Impulsó la ambición de sus hijos recordándoles que los romanos la llamaban «la suegra de Emiliano», pero todavía no «la madre de los Graco».⁵

A pesar de este drama familiar, Emiliano se vio obligado a llevarse a Tiberio, su cuñado adolescente, al asedio de Cartago. En África, el joven estuvo expuesto a los principales elementos de la vida militar. Según todas las crónicas, actuó bien como soldado, se ganó el respeto de los hombres e incluso obtuvo una codiciada recompensa al ser el primero en coronar la muralla del enemigo. Cuando Cartago cayó en 146, Tiberio Graco estaba allí para contemplar cómo ardía la ciudad.⁶

Tras el regreso de Tiberio del norte de África, Cornelia le concertó un matrimonio con la hija de Apio Claudio Pulcro. El suegro de Tiberio procedía de una de las familias

patricias más antiguas de la República y recientemente había sido nombrado *princeps senatus*, un puesto prestigioso con el que encabezaba la lista senatorial y podía hablar el primero en cualquier debate. Pero el matrimonio no se presentaba sin complicaciones: Claudio era un oponente feroz de Escipión Emiliano y Tiberio se encontró en medio de esta rivalidad. Pero dicho esto, con poco más de veinte años, Tiberio estaba en posición para alcanzar una preeminencia que podía superar a la de su padre. Disponía de una buena educación, tenía contactos y ya era reconocido como un hombre «con fuerza de carácter, elocuencia y dignidad». Pero a diferencia de la mayoría de los romanos, Tiberio no alcanzaría la fama en el campo de batalla, luchando contra enemigos extranjeros. Se haría famoso en el foro, combatiendo la amenaza interior de las desigualdades económicas que habían ido aumentando.⁷

Tras el final de la segunda guerra púnica en 202 a.C., la economía de Italia sufrió un trastorno enorme. Las legiones que habían conquistado Hispania, Grecia y el norte de África regresaron a casa con riquezas a una escala sin precedentes. Un procónsul volvió de una campaña en el este trayendo consigo 137.420 libras de plata en bruto, 600.000 monedas de plata y 140.000 de oro. El padre de Tiberio volvió de una campaña en Hispania con 40.000 libras de plata en bruto. Se trataba de un tesoro de grandes dimensiones que habría sido inimaginable para los romanos frugales y austeros de los principios de la República. Pero a mediados del siglo II a.C., Roma estaba explotando todo el conjunto del Mediterráneo.⁸

Los romanos recién enriquecidos se gastaron el dinero en una variedad de productos de lujo: alfombras de gran calidad, objetos de plata ornamentados, muebles embellecidos y joyas hechas de oro, plata y marfil. El efecto de la llegada de la riqueza empezó a preocupar a algunos senadores perspicaces. En una fecha tan temprana como 195, Catón el

Viejo advirtió a sus colegas: «Hemos acudido a Grecia y Asia, lugares llenos de las tentaciones del vicio, y estamos manejando los tesoros de reyes... Temo que estas cosas nos capturen a nosotros en lugar de nosotros a ellas». Cada tantos años, el Senado intentaba controlar el despliegue ostentoso de riqueza, pero inevitablemente las limitaciones fueron ignoradas y no se aplicaron: «Por una coincidencia fatal, el pueblo romano adquirió al mismo tiempo el gusto por el vicio y la licencia para satisfacerlo».⁹

Pero esta historia de riquezas fabulosas que provocaron una decadencia moral solo afectó al pequeño grupo de las familias nobles que controlaban el botín de guerra. Para la mayoría de los ciudadanos romanos, la conquista del Mediterráneo significó privaciones, no prosperidad. En los primeros tiempos de la República, el servicio en las legiones no interfería con la posibilidad de que un ciudadano mantuviera sus propiedades: las guerras se libraban siempre cerca de casa y al ritmo de las estaciones agrícolas. Pero cuando las guerras púnicas movilizaron a las legiones por todo el Mediterráneo, los ciudadanos fueron reclutados para luchar en campañas que duraban años a miles de kilómetros de distancia. Como consecuencia de las prolongadas guerras, las familias de clase baja se vieron «aflijidas por el servicio militar y la pobreza», y sus propiedades cayeron en una situación de desatención crítica. Cuando un soldado veterano regresaba a casa, debía encontrar el tiempo, la fuerza y los recursos necesarios para restaurar la antigua productividad de sus tierras, lo que estaba más allá de sus posibilidades.¹⁰

Las ricas familias nobles exacerbaban la profunda división entre ricos y pobres. Al buscar maneras de invertir las riquezas recién adquiridas, se encontraron con miles de parcelas arruinadas que esperaban con ansias un comprador. A veces las familias desamparadas vendían por voluntad propia, contentas de conseguir algo por una propiedad que ya no podían seguir trabajando. Pero los que resistían fueron obligados a abandonar sus tierras a la fuerza. A me-

dida que estas pequeñas parcelas se unían y configuraban propiedades más grandes, el paisaje agrícola empezó a transformarse: pasó de explotaciones pequeñas e independientes a grandes emporios comerciales dominados por unas pocas familias.¹¹

La desgracia de los ciudadanos desposeídos pudo haber sido menos dura si se les hubiera permitido convertirse en la mano de obra de las propiedades comerciales. Pero el éxito continuado de las guerras en el extranjero aportó un flujo de cientos de miles de esclavos que inundaron Italia. Los nuevos ricos que compraron todas las tierras también adquirieron los esclavos para trabajar en sus propiedades, cada vez más grandes. La demanda de trabajadores libres disminuyó al mismo tiempo que las familias romanas pobres se vieron expulsadas de sus tierras. Como observó el historiador Diodoro: «Unos pocos hombres se volvieron extremadamente ricos mientras el resto de la población de Italia se debilitó bajo el peso opresivo de la pobreza, los impuestos y el servicio militar».¹²

Tiberio tuvo su primera experiencia con esta realidad económica a una edad muy temprana. Según un panfleto escrito más tarde por su hermano, «Tiberio pasó por la Toscana y observó la escasez de habitantes en la región, y comprobó que quienes cultivaban la tierra o cuidaban del ganado eran esclavos bárbaros». Según Cayo, ese fue el momento en que Tiberio se planteó por primera vez la necesidad de una reforma económica y social. Esta historia apócrifa es sin duda una buena muestra de propaganda exaltadora, pero refleja el cambio en el modo de vida tradicional de las familias pobres.¹³

Algunos de estos ciudadanos expulsados emigraron a las ciudades en busca de un trabajo asalariado, pero descubrieron que los esclavos también monopolizaban este tipo de trabajo. Así que la mayoría permaneció en las regiones rurales y formaron una nueva clase de campesinos sin tierras, que siguieron trabajando las parcelas como simples arrendatarios y aparceros en lugar de propietarios. A los nuevos terratenientes les gustaba la situación: los campesinos arren-

datarios podían dedicarse a producir cereales, que aportaban un margen bajo, lo que permitía a los propietarios dedicar los esclavos a cultivos más lucrativos, como los olivos y las viñas. Los terratenientes con ideas políticas tenían un incentivo adicional para promover el arrendamiento: estos campesinos seguían siendo clientes políticos con cuyos votos se podía contar en la Asamblea. Esta nueva casta de campesinos pobres y dependientes quedaría unida para siempre a los terratenientes, a menos que llegara alguien que les pudiera ofrecer una vía de escape.¹⁴

Este cambio económico y social se vio intensificado por la dificultad en la que se habían sumergido los romanos en Hispania. Cuando Cartago y Corinto cayeron en 146, el poder de Roma parecía invencible, pero los comandantes romanos en Hispania habían permitido atrocidades a causa de la codicia, lo que provocó una fuerte resistencia por parte de los hispanos. Así que cada año el Senado se veía obligado a conseguir nuevos reclutas y embarcarlos hacia la península ibérica para servir en campañas de una duración indefinida y contra un enemigo especializado en escaramuzas desmoralizantes. Como recompensa por sus servicios, cuando los reclutas regresaban a casa descubrían que sus granjas estaban arruinadas.¹⁵

A medida que crecía la impopularidad de las guerras hispanas, los posibles reclutas empezaron a desafiar a los cónsules. Al carecer de recursos, acudieron a los tribunos en busca de protección. Estos eran los antiguos protectores de la plebe, pero durante el siglo anterior habían sido cooptados por el Senado. Con los ciudadanos sufriendo una vez más bajo el capricho arbitrario de la nobleza, los tribunos regresaron a su mandato sagrado para proteger al pueblo de los abusos. Tanto en 151 como en 138, el reclutamiento agresivo por parte de los cónsules hizo que los tribunos arrestaran a los cónsules hasta que cambiaran de actitud.

Tenían todo el derecho a encarcelarlos, pero aun así resultó un desafío sorprendente a la autoridad nobiliaria.¹⁶

El Senado intentó ganarse a los potenciales reclutas haciendo que la vida en el ejército fuera un poco menos dura. Redujeron el servicio a seis años y otorgaron a los soldados el derecho a apelar contra los castigos aplicados por los oficiales. Pero en realidad esto no mejoró la moral de los legionarios en Hispania. En 140 los veteranos que habían servido durante seis años fueron licenciados y sustituidos por reclutas sin experiencia. Estos nuevos soldados fueron «expuestos a un frío severo sin refugio y, al no estar acostumbrados a la humedad y el clima del país, cayeron enfermos de disentería y muchos murieron». No se trata precisamente de algo que se pueda reflejar en un cartel de reclutamiento.¹⁷

A medida que los tribunos contemplaban cómo los votantes eran expulsados de sus tierras o enviados a luchar en Hispania, empezaron a dar los primeros pasos para doblegar el poder de los nobles. Durante toda la historia de la República, los ciudadanos habían emitido su voto en voz alta, lo que facilitaba que los patronos poderosos estuvieran seguros de que sus clientes votaban lo que se les había ordenado. En 139 un tribuno desafiante aprobó una ley que establecía el voto secreto para las elecciones. Dos años después, el sufragio secreto se extendió a las asambleas judiciales. Hizo falta que pasara el tiempo para que se sintieran los efectos de estas reformas, pero la introducción del voto secreto resultó ser un mazazo para derribar los cimientos de la oligarquía senatorial.¹⁸

Analizando la situación de Italia en la década de 130, algunos nobles pudieron ver que existía un problema aun mayor. Para alistarse seguía siendo obligatorio que los reclutas poseyeran alguna propiedad, pero si los ricos expulsaban a los pobres de sus tierras, pocos ciudadanos podían cumplir con este requisito. Los romanos se habían enfrentado a crisis parecidas en el pasado y, para conseguir que más hombres fueran reclutables, redujeron los requerimientos vinculados

con las propiedades. Pero a mediados del siglo II muchos ciudadanos ni siquiera podían cumplir con el requisito mínimo, así que los cónsules se vieron obligados a recurrir a un conjunto de hombres cada vez menor para librar guerras y dotar las guarniciones en las provincias.¹⁹

Con todos estos problemas sociales y económicos, Tiberio Graco fue elegido cuestor en el año 137. Se suponía que este era el primer paso rutinario en su ascenso por el *cur-sus honorum*, pero esto casi acaba con su carrera. Adjunto al mando del cónsul Cayo Hostilio Mancino, llegó a Hispania en la primavera de 137 para participar en la guerra contra los numantinos, una tribu celtíbera que había resistido todos los intentos romanos de pacificación. Tras su llegada, Tiberio se vio envuelto en una de las derrotas más embarazosas que habían sufrido nunca las legiones. El cónsul Mancino era más un estudioso que un soldado, y las experimentadas guerrillas numantinas burlaron sus torpes maniobras. Después de una serie de escaramuzas mal ejecutadas, Mancino intentó una retirada estratégica protegido por la oscuridad, pero al salir el sol descubrió que su ejército estaba rodeado.²⁰

Como anteriormente habían sido víctimas de las traiciones romanas, los jefes numantinos exigieron que el joven Tiberio Graco se adelantara para negociar. Mientras servía en Hispania durante los años anteriores, el padre de Tiberio había negociado un tratado de paz con los numantinos; estos recordaban el nombre de Graco y confiaban en que el hijo fuese tan honesto como el padre. En su primera campaña, y con treinta mil vidas en juego, Tiberio negoció un tratado que permitía que las legiones abandonaran la región con seguridad a cambio del compromiso para una paz futura.²¹

Aunque Tiberio poco podía hacer en estas circunstancias, cuando la noticia de la rendición llegó a Roma, los senadores denunciaron los términos humillantes. El Senado exigió a

Mancino y sus oficiales superiores una explicación sobre la cobarde capitulación. Avergonzado, Mancino intentó justificar su conducta, pero el Senado lo castigó con brutalidad. Lo suspendieron de su cargo y lo llevaron encadenado a las puertas de Numancia como muestra de que Roma rechazaba el tratado. Los numantinos enviaron a Mancino de vuelta a Roma con el siguiente mensaje: «Que una nación falte a su palabra no se puede limpiar con la sangre de un hombre».²²

Tiberio y el resto de los oficiales de menor rango escaparon de la censura del Senado, pero eso no les libró de una severa reprimenda verbal. Tiberio no esperó que lo recibieran como un héroe, pero la intensidad de la invectiva senatorial fue desproporcionada para su «crimen». Lo único que había hecho era salvar a decenas de miles de hombres de una muerte segura. ¿El Senado esperaba realmente que hubiera permitido un suicidio en masa? En contraste con la furia farisaica de los ancianos en el Senado, cuando Tiberio salió de esta sede, fue recibido con los vítores de las familias de los hombres que había salvado.²³

Mientras Tiberio lamentaba las heridas políticas, un grupo de senadores ya estaba preparando el camino hacia su redención, al intentar restaurar la población de pequeños campesinos. Estos senadores reformistas elaboraron una nueva propuesta legislativa llamada *Lex Agraria* con la esperanza de revertir la tendencia establecida desde hacía décadas de una creciente desigualdad económica. Creían que habían encontrado un método ingenioso de redistribuir la tierra de los ricos a los pobres sin contravenir los derechos de propiedad establecidos por las leyes. Se centraron exclusivamente en el *ager publicus* ocupado ilegalmente por los ricos.

Como se deduce de la frase en latín, el *ager publicus* era la tierra de propiedad pública. A medida que los romanos conquistaban Italia, lo habitual era que confiscaran un tercio del territorio del enemigo derrotado y lo convirtieran en

propiedad del Estado. En la primera época de la República, estas tierras públicas se convirtieron en colonias, pero en la época de Tiberio lo habitual era que se cediera a arrendatarios individuales que trabajaban a cambio de una parte de la producción. Para evitar que las familias ricas monopolizaran estas tierras, la Asamblea aprobó una ley que no permitía que ninguna familia pudiera arrendar más de quinientas *iugera* (unas ciento veinte hectáreas). Pero esta prohibición fue mayoritariamente ignorada. Los magistrados encargados de aplicar los límites eran en su mayoría terratenientes ricos que ocupaban extensas tierras públicas, así que todos conspiraron para mirar hacia otro lado.²⁴

El planteamiento de la *Lex Agraria* era sencillo: aplicar estrictamente la exigencia de no exceder las quinientas *iugera*. Cualquiera que fuera descubierto ocupando el *ager publicus* por encima de esta línea legal sería obligado a desocupar el terreno que sobrepasaba esos límites. Después esta tierra devuelta al Estado se dividía en pequeñas parcelas cultivables y era redistribuida entre los ciudadanos sin tierras. Como el objetivo de la reforma era reconstruir la clase de los pequeños propietarios, la ley estipulaba que las parcelas recién creadas no podían subdividirse ni venderse. Los autores de la *Lex Agraria* no querían entregar una parcela de tierra a un pobre para que esta volviera a ser vendida a un rico.²⁵

Al contrario de lo que podría parecer, los senadores que redactaron esta reforma legislativa radical no eran simples agitadores políticos, sino que se encontraban entre los hombres más poderosos de Roma. El grupo estaba dirigido por el suegro de Tiberio, Apio Claudio Pulcro, que era *princeps senatus*. A él se habían unido un par de hermanos prominentes: el rico jurista y estudioso Publio Licinio Craso Muciano y Publio Mucio Escévola, uno de los juristas más respetados de la época. El grupo de reformadores de Claudio estaba rodeado por otros senadores destacados y por jóvenes y prometedores nobles. Entre estos se encontraba Tiberio Graco.²⁶

Para los historiadores, uno de los aspectos más controvertidos de la *Lex Agraria* es si los autores pretendían que solo los ciudadanos romanos pudieran acceder a las parcelas o si también se podían destinar a los aliados italianos que no eran ciudadanos. Los italianos proporcionaban gran parte del potencial humano de las legiones y Tiberio estaba personalmente preocupado por su desgracia, «lamentando que un pueblo tan valiente en la guerra y con lazos de sangre con los romanos estuviera cayendo poco a poco en la pobreza y en la reducción de su número sin ninguna esperanza de solución». Pero fuera cual fuese la intención inicial, no existen pruebas de que los italianos quedaran incluidos en el programa de redistribución. Parece un aspecto poco relevante, pero el debate sobre la *Lex Agraria* fue una prueba inicial de la voluntad romana de tratar como iguales a los italianos. Fue una prueba en la que fracasaron.²⁷

Los historiadores también siguen debatiendo los motivos de los autores de la ley. Quizá solo actuaban siguiendo principios elevados y sencillamente querían restaurar a los ciudadanos-campesinos y reconstruir las reservas humanas para las legiones. Pero también podría ser que la ley estuviera diseñada con cinismo para añadir a miles de clientes nuevos a las redes políticas de sus autores. Tradicionalmente el hombre encargado de redistribuir la tierra absorbía en su lista de clientes a las familias a las que beneficiaba. Y es ahí donde también podríamos detectar la fuente de la oposición intransigente a la ley, porque lo que la *Lex Agraria* proponía era transferir a la facción claudiana la lealtad política de todos los arrendatarios empobrecidos que se encontraban unidos a sus terratenientes, un cambio intolerable en el equilibrio del poder senatorial.²⁸

Un texto legislativo tan controvertido y de tan amplio alcance no se podía redactar a la ligera. Claudio, Escévola y Muciano debieron pasar años revisando cuidadosamente la ley romana, estableciendo cómo supervisar la implantación del proceso y cómo arbitrar las pretensiones enfren-

tadas. Pero en cuanto estuvo redactada la ley, simplemente tuvieron que esperar el momento oportuno y a la persona adecuada para presentar la propuesta. Y para eso, Claudio había puesto los ojos en su talentoso joven yerno Tiberio, que ahora estaba intentando recuperarse de la vergüenza del asunto numantino.

Mientras los autores de la *Lex Agraria* esperaban el momento oportuno para presentar la propuesta, la impopular guerra en Hispania seguía adelante. Al rechazo por parte del Senado del tratado de Tiberio siguieron dos años más de luchas sin un resultado concluyente —más hombres muertos, más explotaciones arruinadas, más familias desplazadas— y sin que se pudiera vislumbrar ninguna ganancia o propósito claros. El pueblo de Roma empezaba a estar harto, así que como habían hecho durante la guerra contra Cartago, recurrieron a Escipión Emiliano para terminar la guerra de una vez por todas. Pero tuvieron que enfrentarse a un problema parecido al que se presentó en aquel momento: técnicamente Emiliano no podía optar por el cargo. Durante la guerra púnica, quince años antes, el problema radicaba en que era demasiado joven. Ahora el problema era que se había aprobado una ley que prohibía que un hombre ejerciera más de un consulado durante su carrera. Pero así como la Asamblea había votado una exención que permitió a Emiliano presentarse al consulado para 147, ahora eximieron a Emiliano de la prohibición de los consulados múltiples. Fue puntualmente elegido para el consulado de 134.²⁹

Con su habilidad para conseguir un tratamiento especial por parte de la Asamblea, la carrera de Emiliano se convirtió en un prototipo para los políticos ambiciosos de los siguientes años. Emiliano demostró lo fácil que era manipular a la multitud para servir a su ambición personal, induciéndola a suspender reglas inconvenientes. Pero ese no fue el único ejemplo peligroso que estableció Emiliano. Durante la

campana para el consulado de 134 prometió aumentar los nuevos reclutamientos en su extensa red de clientes. Los Escipión eran un centro principal del equilibrio político en Roma, y muchos amigos y aliados aceptaron con rapidez acompañar a Emiliano a Hispania, entre ellos el hermano menor de Tiberio, Cayo. Al reunir una legión personal de cuatro mil hombres, Emiliano pudo partir para Hispania sin necesidad de un reclutamiento obligatorio. Esta fue, por el momento, una respuesta bienvenida ante una situación de emergencia, pero también sentó el precedente de un noble poderoso que reclutaba un ejército personal entre su red de clientes, un ejército cuya lealtad a un noble poderoso podía superar la lealtad al Senado y al pueblo de Roma.³⁰

Pero desde la perspectiva de Claudio, la partida de Emiliano hacia Hispania significaba que un oponente político formidable iba a estar ausente de Roma durante al menos un año. Con su principal rival fuera de juego, Claudio no perdió el tiempo en enviar a su yerno Tiberio Graco para que presentase la *Lex Agraria* antes de que nadie lo pudiera detener.

A los pocos meses de la partida de Emiliano hacia Hispania, Tiberio Graco se presentó al tribunado. El cargo estaba un poco por debajo de su posición y si el asunto numantino no hubiera oscurecido sus aspiraciones, es muy probable que Tiberio se hubiera presentado directamente a la edilidad para instaurar su inevitable candidatura a los cargos de pretor y cónsul. Pero dado que tenía que superar la vergüenza de la derrota en Hispania, podía utilizar su año como tribuno para regresar con fuerza a la primera línea de la política romana.

Antes de que Tiberio ocupase el cargo, los reformadores claudianos filtraron el contenido de la *Lex Agraria* a sus colegas senatoriales, pero se encontraron con una resistencia increíble. Después de ocupar el *ager publicus* durante muchos años, estos terratenientes ricos consideraban las tierras

públicas como su propiedad personal. Habían invertido en ellas, las habían mejorado, las habían usado como aval para préstamos, las habían entregado como dote y se las habían otorgado a sus herederos. Los autores de la ley incorporaron diversas concesiones para suavizar la oposición: ofreciendo compensaciones por el *ager publicus* recuperado, entregando títulos claros para las quinientas *iugera* que seguían en sus manos, permitiendo que las grandes familias ocupasen más tierras. Pero incluso con estas concesiones, una gran facción del Senado planteó una resistencia a la ley sin importar el precio: consentir la confiscación de sus tierras y la entrega a la chusma perezosa quedaba totalmente fuera de cuestión.³¹

Ante la hostilidad de la mayoría del Senado, los claudianos decidieron romper con la *mos maiorum* e indicaron a Tiberio que presentase la propuesta directamente a la Asamblea sin que el Senado tuviera la oportunidad de ofrecer su opinión. No existía ninguna ley que estableciera que una propuesta de ley *debía* presentarse en el Senado antes que en la Asamblea; se trataba simplemente de la manera en que se habían hecho siempre las cosas. La jugada provocadora de Tiberio irritó a todo el mundo. Poco después de tomar posesión del cargo en diciembre de 134, Tiberio se presentó ante la Asamblea y anunció su intención de aprobar una ley que redistribuyera entre los pobres el *ager publicus* de los ricos.³²

Según la ley romana, después de la presentación de una propuesta de ley debían pasar tres días de mercado antes de que se pudiera votar. Como los días de mercado tenían lugar una vez a la semana, el intervalo entre la presentación y la votación podía estar entre los dieciocho y los veinticuatro días naturales. Este retraso daba tiempo a los votantes para que pudieran acudir a Roma para la votación. Como Tiberio estaba metiendo el dedo en la llaga de un resentimiento real, los ciudadanos desposeídos acudieron en masa a Roma durante las tres semanas siguientes «como ríos que desembocaban en un océano muy receptivo». Incluso italianos sin

derecho a voto acudieron para apoyar la ley. Aunque no podían votar, podían hacer notar su apoyo físico y psicológico a la redistribución de tierras. Durante estas semanas, Tiberio se dirigió regularmente a los ciudadanos en el foro para reforzar y solidificar su energía. Tenía planeado disponer de una mayoría grande y dispuesta en la Asamblea cuando llegase el momento de votar.³³

Al pasar los tres días de mercado, Tiberio reunió la Asamblea en la colina Capitolina para que considerase la *Lex Agraria*. El espacio estaba abarrotado de votantes, dando al área delantera del templo de Júpiter «el aspecto de olas de tormenta en el mar». Antes de la presentación oficial, Tiberio defendió la *Lex Agraria* con el discurso de su vida. Los Graco se habían formado para ser los mejores oradores del Mediterráneo, y Tiberio mostró en la tribuna una calma irresistible y una presencia de gran dignidad. No se paseó por el estrado ni se golpeó el pecho. Se quedó totalmente quieto y permitió que la fuerza intrínseca de su argumento mantuviera la atención entregada de la audiencia. Según Plutarco, Tiberio se situó en el centro del estrado y pronunció una defensa apasionada de los ciudadanos comunes y corrientes de Roma.³⁴

«Las bestias salvajes que merodean por Italia tienen todas ellas una cueva o una guarida donde cobijarse», dijo, mientras que «los hombres que luchan y mueren por Italia disfrutan del aire y la luz comunes [...] pero nada más; sin casa y sin hogar, van de un lado a otro con sus esposas e hijos». Invocando la imagen de una población italiana desplazada por la guerra y la pobreza, dijo: «Con labios mentirosos, los comandantes exhortan a sus soldados en la batalla a proteger los sepulcros y los santuarios del enemigo [...] pero luchan y mueren para defender la riqueza y el lujo de los demás». Estas guerras ruinosas han conducido a una ironía inaceptable para el romano medio: «Aunque se dice que son los amos del mundo, no tienen un solo puñado de tierra que les pertenezca».³⁵

Tras provocar las lágrimas de la Asamblea, Tiberio pidió al secretario que leyera la ley en preparación para la votación que iba a ganar, sin lugar a dudas. Pero resultó que los oponentes senatoriales a la *Lex Agraria* habían estado ocupados durante las tres semanas previas. Sabiendo que iban a perder la votación, habían reclutado a Marco Octavio, uno de los tribunos compañeros de Tiberio, para evitar que tuviera lugar la votación. Una de las armas más poderosas que podía esgrimir un tribuno era el *veto*, que significa «Yo prohíbo». Un tribuno lo podía vetar todo, en cualquier momento, por cualquier razón y ni siquiera otro tribuno podía revocarlo. Así cuando el secretario se puso en pie para leer formalmente la *Lex Agraria*, Marco Octavio dio un paso al frente y vetó la lectura de la ley. Todo quedó paralizado. La votación no se podía celebrar hasta que el secretario leyera la propuesta de ley, pero mientras Octavio mantuviera el veto, la ley no se podía leer y no se podía celebrar la votación. Con el procedimiento paralizado, Tiberio suspendió la Asamblea por ese día.³⁶

Tras el fracaso al no evitar la oposición senatorial con una propuesta de ley generosa, Tiberio y los claudianos que lo respaldaban decidieron que el mejor movimiento era movilizar a su base popular para convertir en villanos a los ricos. Tiberio eliminó las concesiones amistosas antes de la votación siguiente, de manera que la *Lex Agraria* fuera «más agradable para la multitud y más severa contra los malhechores». Con suerte, la presión del populacho obligaría a Octavio a retirar su veto y permitiría que la propuesta se sometiera a votación: una votación que seguramente iban a ganar.³⁷

En el período entre las sesiones de la Asamblea, Tiberio y Octavio acudían cada día al foro para debatir los méritos de la *Lex Agraria*. El foro no es un recinto grande, y como ocurre con los escenarios en un festival musical, había pocas *rostras* disponibles para los oradores y sus audiencias con fre-

cuencia se solapaban. En un espacio tan reducido, Tiberio y Octavio se enzarzaban a menudo en un debate directo entre ellos. A medida que Tiberio estaba más exasperado, prometió que compraría todo el *ager publicus* que poseía Octavio a un precio justo si Octavio retiraba su oposición a la ley, insinuando que la oposición de Octavio se debía a un interés personal más que a una defensa de los valores públicos. Pero Octavio se negó a ceder.³⁸

Como el debate y la persuasión tradicionales no fueron capaces de superar el bloqueo, Tiberio se volvió a la acción radical. Tiberio prometió que vetaría cualquier medida de la gestión pública hasta que Octavio cediese. A continuación fue al templo de Saturno y cerró el tesoro estatal con su sello personal para que «no se pudiera ejercer de la manera habitual ninguna gestión: los magistrados no podían desarrollar sus deberes habituales, los tribunales detuvieron su actividad, no se podían cerrar contratos y por todas partes se extendió la confusión y el desorden». Entonces Tiberio siguió enrareciendo un ambiente muy cargado. Aludiendo a informes de que sus enemigos planeaban asesinarlo, empezó a llevar una espada corta escondida en el manto y se rodeó en todo momento de miles de seguidores comprometidos.³⁹

Pero cuando la Asamblea se reunió de nuevo para considerar la *Lex Agraria*, Octavio siguió intratable. Vetó la lectura de la propuesta y la asamblea se convirtió en una feroz tormenta de acusaciones mutuas. Entonces se presentaron dos senadores y pidieron a los tribunos enfrentados que presentaran el asunto delante del Senado. Tiberio seguía albergando algunas esperanzas de que el Senado pudiera mediar en un acuerdo. No había ninguna duda de que, si se votaba la *Lex Agraria*, sería aprobada por un margen apabullante. Cuando en el pasado los tribunos habían expresado su veto contra una propuesta de ley popular, lo retiraron después de expresar su desacuerdo simbólico, pero nunca nadie había desafiado permanentemente la voluntad del pueblo. Por la fuerza tradicional del *mos maiorum*, Octavio debía permitir

que se procediera a la votación de la *Lex Agraria*. Nunca un tribuno había bloqueado con tanta obstinación la voluntad clara del pueblo. Seguramente el Senado presionaría a Octavio para que retirase su oposición.⁴⁰

Pero en lugar de mediar para un compromiso justo, los senadores reunidos aprovecharon la oportunidad para atacar a Tiberio, como habían hecho después del asunto numantino. No existen registros de quién dijo qué, pero Apiano informa que Tiberio fue «reprendido por los ricos». No solo no presionaron a Octavio para que aceptase un compromiso, sino que se unieron activamente en los ataques contra Tiberio. Los senadores opuestos a la *Lex Agraria* no dudaron en unirse contra el contenido de la propuesta, las tácticas políticas de Tiberio y probablemente contra su carácter personal. La reunión terminó sin resolver el dilema y Tiberio, más enfadado que antes.⁴¹

Incapaz de seguir adelante a través de las medidas tradicionales, Tiberio presentó una propuesta de ley sin precedente en la siguiente reunión de la Asamblea. Argumentando que un tribuno que desafiaba la voluntad del pueblo no era en absoluto un tribuno, Tiberio propuso que la Asamblea depusiera a Octavio de su cargo. No existía ninguna ley que afirmase que un tribuno no pudiera ser depuesto de su cargo, pero la propuesta rompía completamente con el *mos maiorum*. Ningún tribuno había planteado nunca a la Asamblea que depusiera a un colega. No existían precedentes. Pero una vez más, Tiberio había ocupado la Asamblea con sus seguidores, que ahora rodearon amenazantes la *rostra* y desafiaron a cualquiera que se interpusiera en el camino de su líder.⁴²

Como no quería desencadenar una revuelta, Octavio prefirió renunciar a los principios antes que aferrarse a una intransigencia suicida, y no vetó la propuesta de deposición. La Asamblea era libre para deponerlo si lo deseaba, y Tiberio convocó a los electores para que se preparasen para votar. Para las votaciones, los romanos estaban divididos en treinta y cinco tribus, cada una de las cuales recibía

un voto colectivo. Los miembros individuales de una tribu hacían cola delante de un puesto de votación y depositaban su voto en una urna. Cuando terminaban se contaban los votos y la opinión mayoritaria determinaba el único voto colectivo de toda la tribu. Entonces el proceso se repetía para la tribu siguiente hasta que se llegaba a un acuerdo de la mayoría de las tribus.⁴³

Cuando la primera tribu completó su votación, el heraldo anunció el resultado: un voto a favor de la deposición. Como Tiberio comprendió que estaba desencadenando un ataque sin precedentes contra un colega tribuno, detuvo el procedimiento después de este primer voto y rogó a Octavio que retirase su veto. Pero Octavio se negó. A continuación, las dieciséis tribus siguientes depositaron sus votos y todos los votos individuales fueron a favor de la deposición. En el umbral de la victoria, Tiberio detuvo nuevamente el procedimiento y ofreció a Octavio una última oportunidad para rendirse. Octavio se negó de nuevo. Entonces votó la decimoctava tribu. Cuando terminaron, el heraldo anunció que se había alcanzado una mayoría: Octavio fue destituido del cargo. Despojados de su tribunado, Octavio ya no seguía disfrutando de la protección del cargo y se vio amenazado por una multitud exaltada. Solo pudo escapar gracias a un grupo de amigos que se abrieron paso a través de la muchedumbre y escoltaron a Octavio fuera de la Asamblea.⁴⁴

La deposición de Octavio fue un punto de inflexión decisivo en la batalla sobre la *Lex Agraria*. Hasta que Tiberio dio este paso fatal, aún disfrutaba de un gran apoyo entre sus colegas tribunos y de respaldo senatorial. Pero su ataque insensato contra otro tribuno convirtió a Tiberio en alguien tóxico para la élite conservadora por naturaleza. Su suegro Claudio siguió a su lado, pero otros muchos que en teoría habían apoyado la reforma se sintieron contentos de dejar a un lado la propuesta ante la oposición obstinada, esperar a que el ambiente se enfriara y volver a intentarlo uno o dos años más tarde. Pero Tiberio no se podía permitir una de-

rrota. Su carrera futura dependía de la aprobación de la *Lex Agraria*, así que estaba dispuesto a llegar a cualquier extremo para conseguirlo. Y por el momento había funcionado. Tiberio Graco ganó la batalla. Con Octavio eliminado del escenario, la Asamblea aprobó por mayoría abrumadora la *Lex Agraria*. La controvertida propuesta agraria se había convertido en ley.⁴⁵

La *Lex Agraria* planteaba la formación de un comité de tres comisionados para supervisar el *ager publicus*, determinar su propiedad y parcelar la tierra. Para asegurarse de que la tarea se realizase de manera adecuada (y para monopolizar el crédito político de la distribución de la tierra), Tiberio convenció a la Asamblea para que eligiera al propio Tiberio, a su suegro Claudio y a su hermano de veintiún años Cayo como los tres primeros comisionados territoriales. Hasta ahí, todo bien. Pero Tiberio aprendió muy pronto que aprobar la ley y obligar a su aplicación eran dos cosas muy diferentes.⁴⁶

Incapaces de evitar que la propuesta se convirtiese en ley, los conservadores en el Senado contraatacaron con su propio conjunto de triquiñuelas. Esta oposición estaba dirigida ahora por el *pontifex maximus* Publio Escipión Nasica, que procedía de una rama más conservadora del clan Escipión. Nasica poseía personalmente mucho más de quinientas *iugera* de *ager publicus*, así que articuló un golpe insultante contra la nueva comisión territorial. Era responsabilidad del Senado proporcionar los fondos adecuados para pagar a los hombres y el material necesarios para completar la tarea de supervisión, que requería un pequeño ejército de secretarios, funcionarios, inspectores, arquitectos, carros y mulas. A propuesta de Nasica, el Senado aprobó una suma ridícula que cubría simplemente los gastos diarios de los comisionados. Esta mezquindad calculada dejaba a Tiberio como el capitán de un barco sin remos. Era exasperante, pero no había nada que él pudiera hacer para evitarlo.⁴⁷

Poco después de descargar este golpe, uno de los apoyos más firmes de Tiberio murió de repente y se sospechó de un asesinato. El cada vez más paranoico Tiberio ya mantenía a su familia rodeada por un grupo informal de amigos y clientes que actuaban como guardaespaldas permanentes, y esta protección parecía ahora más necesaria que nunca. Tanto si solo estaba actuando para la galería como si temía realmente por su vida, Tiberio se vistió con ropa de luto y acudió con sus hijos a la Asamblea donde «rogó al pueblo que cuidase de ellos y de su madre, diciendo que daba por perdida su propia vida».⁴⁸

Pero entonces intervino el destino para alterar el curso de la historia romana, y como ocurriría con tanta frecuencia, la política interna romana se vio alterada por acontecimientos que tuvieron lugar muy lejos de las costas de Italia. En este caso, el acontecimiento lejano fue la muerte del rey Atalo III de Pérgamo. Pérgamo era un reino griego que ocupaba lo que en la actualidad es la costa egea de Turquía, y había sido aliado de Roma durante casi un siglo. Como el rey Atalo III no tenía hijos y creía que su muerte provocaría una amarga lucha por el poder entre sus herederos potenciales, legó todo el reino y el tesoro real al pueblo de Roma.⁴⁹

Roma se enteró de la muerte de Atalo poco después de la aprobación de la *Lex Agraria* y Tiberio se encontró entre los primeros a los que se informó de los términos del testamento. El padre de Tiberio había servido en su momento en una embajada senatorial que confirmó la alianza entre Roma y Pérgamo, y cuando llegó a Roma el enviado que traía el testamento de Atalo, se alojó en la casa de los Graco. Un paso por delante de sus enemigos, Tiberio reunió a la Asamblea y anunció que como la voluntad de Atalo decía «Que el pueblo romano sea el heredero de mis posesiones», la gestión del tesoro real y la consiguiente administración de la nueva provincia estaría en manos de la Asamblea. Entonces Tiberio anunció que una parte del tesoro real del rey Atalo se utilizaría para financiar los trabajos de la comisión

territorial e incluso proporcionaría un capital inicial para los nuevos propietarios.⁵⁰

Esta jugada tan atrevida provocó una gran indignación entre los conservadores del Senado. Según todos los preceptos de la costumbre, el Senado disfrutaba de una autoridad total sobre las finanzas del Estado y la política exterior. Polibio, un minucioso investigador de la constitución republicana, afirmaba que el Senado «tiene el control del tesoro, regulando todos los ingresos y gastos» y «también se ocupa del envío de todas las embajadas a los países fuera de Italia con el objetivo [...] de resolver diferencias». El pueblo, según él, «no tenía nada que ver con esto». Al reclamar el legado de Pérgamo, Tiberio estaba intentando eliminar ambos aspectos al mismo tiempo. El Senado se reunió en una sesión furibunda para denunciar a Tiberio como un demagogo temerario cuya pretensión era convertirse en un déspota tiránico.⁵¹

Poco después, ya fuera para retener la inmunidad legal que le proporcionaba su cargo o para proteger la integridad de la comisión territorial (o ambas cosas), Tiberio realizó otro anuncio sorprendente: se iba a presentar a la reelección. Ninguna ley prohibía que un tribuno sirviera en mandatos consecutivos, pero la fuerza apabullante del *mos maiorum* hacía que su pretensión no tuviera precedentes. Para sus enemigos políticos, se trataba de una prueba definitiva de que Tiberio planeaba convertirse en un tirano. Si controlaba las finanzas estatales, la distribución de propiedades, la política exterior y reclamaba el derecho a la reelección permanente, Tiberio Sempronio Graco se convertiría en el rey de Roma en todo excepto en el nombre.⁵²

Desgraciadamente para Tiberio, su fuerza política estaba en su momento más bajo a medida que se acercaban las elecciones estivales en 133. Durante la lucha por la *Lex Agraria* había podido contar con un bloque sólido de votantes rurales que

lo habían apoyado. Quizá porque estaba en pleno desarrollo la cosecha, Tiberio tuvo dificultades para volver a movilizar a sus seguidores para otra votación reñida. No obstante, también es posible que los conservadores decidieran en este momento que a Tiberio se le tenía que negar la reelección a toda costa. Si anunciaban que ya no se oponían a la *Lex Agraria* y que la distribución de tierras seguiría adelante fuera Tiberio tribuno o no, se rebajaría la importancia de las próximas elecciones y muchos votantes se quedarían en casa.⁵³

Sin su base habitual de seguidores, Tiberio se volvió hacia la población urbana para conseguir los votos que necesitaba. La reforma agraria no había sido nunca de gran interés para la plebe urbana, así que Tiberio amplió su programa para incorporar más limitaciones al servicio militar, el derecho a apelar el veredicto de los jueces e impedir que los senadores sirvieran como jurados. Esto último planteó una de las grandes batallas políticas de la República tardía, aunque por el momento fue una sugerencia vacía que aún no se había concretado.⁵⁴

Siempre teatral, Tiberio se cubrió con ropa de duelo en los días previos a las elecciones y de nuevo fue de un lado a otro con sus hijos para asegurarse de que sus seguidores los protegerían si ocurría algo. La noche antes de la elección final, Tiberio durmió rodeado por guardaespaldas armados.⁵⁵

A primera hora de la mañana, los seguidores de Tiberio ocuparon el área cerca del templo de Júpiter en la colina Capitolina para asegurarse de que controlaban el espacio de votación. Acompañado por sus guardaespaldas, Tiberio llegó y fue saludado con vítores y aplausos de la multitud. Cuando llegaron los oponentes de Tiberio, no pudieron atravesar la muchedumbre favorable a Graco. Obstaculizados para acceder a los puestos de votación, cuando los votantes contrarios a Graco oyeron la llamada para que las tribus empezasen a votar, estallaron altercados en los bordes de la multitud a medida que los oponentes intentaban abrirse paso. La pelea detuvo la votación.⁵⁶

Mientras tanto, el Senado se reunió en una sesión en el templo de Fides, ubicado muy cerca en la colina Capitolina. Empezaron a correr rumores de que Tiberio había depuesto a todos los demás tribunos y se estaba preparando para asumir poderes reales. El cónsul que presidía esa mañana el Senado no era otro que Mucio Escévola, uno de los autores de la *Lex Agraria*. Nasica y sus seguidores de la línea dura en el Senado exigieron que Escévola hiciera algo, pero el cónsul replicó que «no iba a recurrir a la violencia y no iba a condenar a muerte a ningún ciudadano sin un juicio; si, no obstante, el pueblo, bajo la persuasión o la coacción de Tiberio, votaba algo que era ilegal, consideraría que esta votación no era vinculante».⁵⁷

Esto no era suficiente para el exaltado Nasica, que se puso en pie para responder y dijo: «Que me sigan los que quieran salvar nuestro país». Entonces Nasica se revistió con el atuendo formal del *pontifex maximus* y se puso a la cabeza de una multitud de senadores y clientes que compartían sus puntos de vista. Juntos marcharon hacia el templo de Júpiter. Como no se permitía llevar armas en el *Pomerium* —los límites sagrados de la ciudad—, Nasica y sus seguidores se armaron mayoritariamente con patas de mesas y otras mazas. Aunque el ataque siguiente no fue premeditado, estaba claro que estaban dispuestos a usar la fuerza para reprimir a la muchedumbre que intentaba convertir a Tiberio Graco en rey de Roma.⁵⁸

Mientras tanto, subido a la *rostra*, Tiberio recibió una advertencia sobre la multitud que se acercaba. Los hombres de Tiberio se volvieron y se prepararon para el combate, pero dudaron cuando vieron que la muchedumbre incluía a senadores y estaba encabezada por el propio *pontifex maximus*. Aunque los seguidores de Graco empezaron a ceder, de todos modos los hombres de Nasica presionaron con agresividad y golpearon a la multitud. En cuanto empezaron los empujones y los golpes, los seguidores de Tiberio respondieron, como era natural, provocando una serie de peleas

por toda la Asamblea. Las bajas en la riña que siguió cayeron solo de un lado: la gente de Tiberio no estaba armada y fue una presa fácil para el grupo de Nasica. Atrapados en un espacio confinado delante del templo de Júpiter, muchas personas fueron pisoteadas o murieron al precipitarse por las empinadas escaleras de la colina Capitolina. Al asentarse el polvo, trescientas personas yacían muertas.⁵⁹

El objetivo principal del ataque era, por supuesto, el propio Tiberio, y los senadores reaccionarios no tardaron mucho en localizar a su presa. Cerca de la entrada del templo de Júpiter, Tiberio tropezó con el cuerpo de un hombre que ya había caído y antes de que pudiera levantarse, fue atrapado por uno de sus colegas tribunos y un senador. Aunque era tribuno y supuestamente sacrosanto, estos dos hombres empezaron a golpear a Tiberio Graco hasta la muerte con las patas de un banco. Como recoge el historiador Apiano: «Así pereció en el Capitolio, y mientras aún era tribuno, Graco, el hijo de aquel Graco que fue dos veces cónsul, y de Cornelia, hija de aquel Escipión que arrebató a Cartago su supremacía. Perdió su vida como consecuencia de un objetivo de la mayor excelencia perseguido con demasiada violencia; y aunque este crimen abominable fue el primero perpetrado en la asamblea pública, a partir de entonces dejó de ser excepcional y de vez en cuando se produjeron otros casos similares».⁶⁰

Ese fue uno de los días más sangrientos de la historia política romana, aunque Plutarco exagera las cosas cuando afirma: «Se dice que fue la primera sedición en Roma, desde la abolición del poder real, que terminó con derramamiento de sangre y la muerte de ciudadanos». Pero al menos hasta que alcanzaba la memoria, la política romana siempre se había desarrollado sin recurrir a la violencia. Ahora cientos de ciudadanos yacían muertos en la colina Capitolina. Fuera cual fuese la opinión sobre Tiberio Graco y su *Lex Agraria*, debió ser una visión estremecedora.⁶¹

La causa principal de la crisis de 133 fue el juego peligroso de llevar la política hasta sus límites. Tiberio había sorteado al Senado, de manera que Octavio vetó la lectura de la propuesta de ley, y en consecuencia Tiberio canceló toda gestión pública. Cuando Octavio siguió irreductible, Tiberio lo destituyó de su cargo, de manera que el Senado negó a la comisión territorial el dinero necesario para que actuase, y en consecuencia Tiberio se apoderó del legado de Pérgamo y después se presentó a la reelección. Todo esto culminó con Nasica dirigiendo una multitud armada que mató a trescientas personas. En solo unos pocos meses, una simple propuesta de ley para redistribuir la tierra se había intensificado hasta transformarse en una masacre violenta.

El Senado no se disculpó por el ataque. A Tiberio y a sus seguidores muertos se les negó un funeral tradicional y fueron lanzados en masa al Tíber. Esto, en sí mismo, ya era una afrenta estremecedora contra la tradición. Los Graco seguían siendo una familia noble poderosa; negar a su hijo un funeral adecuado representaba toda una serie de implicaciones religiosas y sociales. Pero la historia decía ahora que Tiberio había intentado convertirse en rey, el cargo político envuelto en el mayor de los tabúes. Y el Senado decidió que no se podían permitir que un funeral se convirtiera en el escenario para revitalizar una revolución violenta.⁶²

Con todos los tabúes del *mos maiorum* derrumbándose ahora a diestro y siniestro, «este fue el principio en Roma del derramamiento de sangre civil y de la licencia a recurrir a la espada». El triunfo definitivo de la fuerza bruta era una lección que nadie podía dejar de aprender. Como observó más tarde el historiador de la Grecia antigua Veleyo Patérculo: «Los precedentes no se detienen donde empiezan, sino que, por muy estrecho que sea el camino por el que entran, crean una carretera por la que se desplazarán con la mayor amplitud; [...] nadie piensa que una acción es vil para sí mismo cuando ha resultado provechosa para otros».⁶³